

etro de tu poder que, según el vaticinio de Isaías, habías de conducir sobre tus hombros! ¡Camina, único bien y consuelo mío, y ve á ser sacrificado como víctima inocente al furor de los impíos! ¡Oh Dios santo! ¡Yo adoro en silencio vuestros eternos decretos, y voy á ser inmolada también con mi amado Jesús sobre la cima del Calvario!»

Así exclama esta triste Madre á la vista de su amado Hijo, abatido, caído y cubierto de sangre en la calle de la Amargura. Yo me confundo, señores; mi espíritu desfallece y no acierto á expresar mis ideas. ¡A vosotras apelo, madres de familia! Seguid los pasos de la afligida María, que vuelve á incorporarse con la turba soez é impía en pos de su amado, y ved si podeis formaros una idea de su dolor.

Pero, señores, este dolor de nuestra Madre no ha calmado aun, antes se reproduce con más fuerza, porque resuenan aun en sus oídos los insultos y blasfemias de los judíos, figurados en la incredulidad de nuestro siglo: objeto de la reflexión moral.

Han llegado aquellos días, mis amados, predichos por el apóstol; días de tinieblas y oscuridad profunda, en que los negros vapores de las pasiones

han extinguido casi la fé de nuestra religion santa. En que una razón inquieta y soberbia ha puesto en duda las verdades más respetadas antes, y arrancó los antiguos límites, y quiso minar el cristianismo por sus mismos cimientos. En que se mira por algunos la incredulidad como un triunfo de la razón, y se dice que la religion es un sistema anticuado, propio sólo de la sencillez de nuestros abuelos. ¡Y lo más sensible es que este error domina principalmente entre los jóvenes! ¡Sí, nada más común en nuestros días que oír á los jóvenes gloriarse de no pensar como sus padres, y calificar de preocupación vulgar toda creencia religiosa, y aun insultar sin temor los objetos más venerandos! ¿Cuál será el porvenir de la generación actual? ¡Ay!... ¡sólo Dios puede leer el destino futuro de los pueblos y de las naciones!...

Me glorío, señores, de dirigirme á vosotros, cuya piedad y cultura me son bien conocidas; pero no deja de haber entre vosotros algunos desgraciados que fueron seducidos por el vano encanto del error. ¡Acaso en este mismo templo, y durante estos santos ejercicios, hayamos tenido ocasión de lamentar este mal gravísimo que quiere contagiarnos! Por lo tanto, tratemos de aplicar el remedio. Se dice que la incredulidad es hija de la ilustración; nosotros probaremos que lo es de la ignorancia. Se dice también que es la expresión franca del convencimiento íntimo; nosotros haremos ver que la incredulidad no es sín-

cera. Que imita, por tanto, la conducta impía de los judíos y aumenta más y más el dolor de nuestra tierna Madre María.

La incredulidad no es ilustrada. Para no ser así era preciso que el incrédulo hubiera procedido con las precauciones más juiciosas para separar el error de la verdad, siquiera con aquel cuidado y solicitud que emplearía en un negocio grave, interesante á su salud ó á su fortuna; pero desgraciadamente no es así. ¿Quereis saber lo que comunmente decide á un jóven para hacerse incrédulo? Pues es, ya otro jóven voluptuoso, que busca en sus mismas pasiones la justificacion de su conducta; ya un libro que, en vez de sólidas razones, sólo contiene chistes; ya la reproduccion de argumentos contestados cien veces; ya, en fin, la autoridad de alguno que, si bien instruido en ciencias naturales, en materias de religion es enteramente ignorante. Con esta mala disposicion oye hablar de falsos milagros, de libros apócrifos, y como no es capaz de distinguir la diferencia entre estos y nuestros Evangelios, se hace incrédulo sin tener siquiera una idea de su autenticidad. Tropieza con alguna teoría sobre el origen y formacion del mundo, mezclada de hechos dudosos y de arriesgadas conjeturas contra la narracion de Moisés, pero como ignora que estas teorías están desmentidas por otras más verosímiles, y que en ellas se dan por realidades meras suposiciones, concluye negando la veracidad del Génesis. Lee en otra

parte que á la sombra de la religion se han cometido alguna vez grandes excesos, los que tiene buen cuidado de exajerar la impiedad, y sin hacer uso de las reglas de buena lógica, que ignora, desprecia la verdad revelada, y no advierte que los vicios de algunos cristianos nada prueban contra la santidad del cristianismo, y que éste no puede ser responsable de los desórdenes que él mismo condena. ¿Puede darse, señores, cosa más inconsiderada y menos ilustrada que la incredulidad de nuestros jóvenes? Más aun.

Ocurre alguna vez una cuestion de interés personal, ó sobre el porvenir de una familia, ó division de un capital, y buen cuidado se tiene de buscar hombres entendidos, ancianos y de experiencia en la materia. Es un asunto espinoso en legislacion, medicina ú otra facultad cualquiera, y se consultan los doctores que gozan de mayor reputacion. Es un problema en ciencias naturales, que nada nos interesa, y se dirigen al sábio que ha penetrado sus secretos. Y ¿por qué no se ha de hacer lo mismo en asuntos de religion? Tambien ella tiene sus doctores; tambien ella ha confiado su defensa y sus intereses á hombres que la conocen mejor que sus enemigos, y que han leído sus argumentos y los han contestado victoriosamente. Qué, ¿así se abandonan sin reflexion, y con una ligereza que nos avergonzaria aun en las cuestiones más triviales, las creencias de diez y ocho siglos? Por sólo haber leído ú

oído algun sofisma, ¿abjuraremos la fé de nuestros padres, y cerraremos nuestros oídos á toda reflexion, y nuestro entendimiento despreciará todo exámen? Esta religion, tan magnífica en sus promesas, tan pura en su moral, tan fecunda en virtudes, tan respetable por los grandes ingenios que la han profesado por espacio de tantos siglos, ¿no es acreedora siquiera á un exámen reflexivo? Porque han dicho que es incomprendible, que está en pugna con la razon, que condena todas las inclinaciones, que sus ministros son defectuosos, ¿despreciaremos el respeto debido á la memoria de nuestros padres, á la autoridad de tantos grandes hombres, á las virtudes de tantos ilustres personajes? ¡Jóvenes ilusos, confesad que sois incrédulos sin saber por qué! Luego la incredulidad no es el resultado de la reflexion; no es el triunfo de la razon; no es ilustrada. Pero la incredulidad tampoco es sincera.

La primera prueba de la sinceridad de una conversion, señores, es el desinterés; de modo que si éste de alguna manera interviene, ya podemos dudar con razon de la verdad de aquella. ¿Por qué los incrédulos han abandonado la religion? ¿Será, acaso, por el amor desinteresado de la verdad? Habrá uno siquiera que se haga incrédulo por ser mejor, que abjure el cristianismo por salir de algun hábito criminal? Lo que yo puedo asegurar es, que el principio de sus extravíos morales data siempre desde la época de su irreligion; que muchos incrédulos se convier-

ten al cristianismo en la hora de su muerte; pero ningun cristiano se hace en aquellos momentos incrédulo. Ved aquí, jóvenes filósofos, la razon en que me fundo para no creer que sois verdaderamente incrédulos, y mientras no destruyais su fuerza, no podreis convencerme de vuestra sinceridad.

Es verdad que aparentais una grande seguridad en vuestras convicciones; es verdad que os oigo proferir en tono decisivo las más punzantes invectivas, los más negros insultos contra la religion y sus ministros; pero tampoco esto lo comprendo si no me decís primero ¿por qué temblais al acercarse la desgracia? ¿Por qué la palidez y el horror se apoderan de vuestro rostro á la vista de un cadáver? ¿Se atreverá alguno de vosotros, con ese tan decantado cinismo, á decir: «no hay Dios,» delante de un sepulcro? ¡Ah, jóvenes ilusos, vosotros creéis más de lo que quisiérais creer! Al mismo tiempo que vuestras palabras ultrajan la religion, vive un resto de fé escondido en vuestro corazon. Vuestra incredulidad no es sincera; morirá con vuestras pasiones, cuando la reflexion, la experiencia, el infortunio, se apodere de vosotros. Cesen, pues, los incrédulos de cubrirse bajo el manto especioso de la ilustracion. La razon los rechaza de su seno; la ilustracion no conduce á la incredulidad; todo lo contrario, decia el célebre Bacon. Digan que se han hecho incrédulos por acallar y sofocar los remordimientos de su conciencia, y entonces sí que serán sinceros.

Y ¿podremos dudar ya, mis amados, de la gravedad del dolor de la affigida María? ¿No oís la confusa gritaría de los judíos; la burla, el escarnio, el sarcasmo con que insultan al Salvador? Lo mismo dicen los incrédulos; las mismas causas les impelen; los mismos serán los resultados... María es la co-redentora de los hombres, por eso siente la pérdida de sus almas redimidas á tanto precio. Nosotros somos sus hijos predilectos; ¡ay, mis amados, qué dulces reflexiones inundan mi corazón en este momento!

Concluyamos pidiendo á nuestra tierna Madre que nos preserve del mónstruo de la incredulidad, que ha devorado las dos terceras partes del mundo; que nos alcance de su Hijo Jesus una fé viva y decidida, prenda segura de la gloria eterna, que á todos deseo.—AMEN.

QUINTO DIA.

CRUCIFIXION DEL SALVADOR.

*Super me confirmatus es
furore tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

¡Qué horroroso espectáculo se ofrece hoy á nuestra vista!... Jamás habia visto el mundo, señores, escena tan triste. Las páginas de la historia, manchadas con frecuencia por los extravíos del corazón humano, no podrán presentarnos objeto tan doloroso y tan espantable... Hé aquí se ha cumplido el vaticinio del profeta Amós: «Y se oscurecerá el sol al medio dia, y la tierra será cubierta de tinieblas.» ¡Qué sublime es este espectáculo, señores, bastante á conmover los cielos y la tierra! Pues es el objeto de nuestra meditacion en este dia: sigamos el orden de la sagrada historia.